

# La estrategia del templo

Adolfo Mazzinghi<sup>1</sup>

La religión puede definirse como el lugar de encuentro entre lo humano y lo divino. Un lugar que se hace explícito en la arquitectura llamada específicamente religiosa y una relación que como tal necesita de un cierto grado de libertad para producirse. Al mismo tiempo, ese encuentro que la religión plantea tiene un arco amplio de posibilidades, que van desde la intimidad hasta lo público. A esas modalidades, se aplican a su vez distintos grados de libertad, siendo mínimas en el caso del ámbito privado y máximas en el público.

Resulta tranquilizador el saber que existe ese reducto interior, “más interior que lo más íntimo mío”<sup>2</sup>, donde siempre es posible el encuentro con Dios. Ninguna fuerza exterior que amenace la relación del creyente con su Dios podrá en última instancia impedir ese encuentro. La libertad en este caso procede de nuestro interior, aunque es una libertad que debemos ganar a través de un camino de desprendimiento. Como los presos de la caverna platónica, es necesario liberarnos en primer lugar del engaño. Es un camino de liberación, pero queda de alguna manera circunscrito a nuestra propia voluntad, y también, antes que a ella, a la gracia.

También todas las religiones ofrecen la posibilidad de una piedad doméstica. En el interior del hogar es posible, sin incumbencias externas, practicar actos de piedad que nos pongan en contacto con lo divino. En términos generales, aun en el caso de totalitarismos extremos, siempre ha sido posible esta dimensión en el ámbito estrecho de los vínculos familiares. Así lo muestra con elocuencia el relato de las primeras comunidades cristianas que practicaban la fe, incluso en medio del fragor de la persecución.

La dimensión religiosa personal es una realidad presente en todas las religiones, una constante que, aun con sus diferencias, de alguna manera las iguala. Sin embargo, la religión siempre conlleva una voluntad proselitista, sobre todo en las vertientes monoteístas, aunque no de igual intensidad. La

---

<sup>1</sup> Arquitecto, esposo y padre de 5 hijos. Miembro de *Communio* Argentina.

<sup>2</sup> San Agustín, *Confesiones*, 3, 6, 11.

práctica religiosa es un fenómeno social, que trasciende siempre los límites de la propia persona y también los muros de su casa. El encuentro con lo divino del mismo modo que pensaba Kant con respecto al juicio estético, tiene una voluntad universal.

Cuando la religiosidad sale a manifestarse en público, la problemática de la libertad asoma indefectiblemente. Superados los ámbitos de una relativa intimidad, salida al exterior la religión tiene que hacer las cuentas con otros estamentos de la sociedad y establecer con ellos relaciones, a veces muy complejas, donde la cuestión de la libertad resulta decisiva. La vida religiosa tiende a chocar y pujar por espacios frente al poder político y otras formas de poder, para lo que necesariamente desarrolla distintas estrategias de inserción.

Un posible abordaje a esta cuestión es analizar, aunque sea muy someramente, las distintas situaciones que el templo, como paradigma de la arquitectura religiosa, ha establecido con el resto de la ciudad. En la variedad de estas situaciones podremos quizás establecer algunas cuestiones que nos ayuden a abordar el tema. Pero, antes de salir al exterior, es oportuno recordar que nuestra interioridad es también un templo del Espíritu, como recuerda San Pablo a los corintios<sup>3</sup>. Y que sobre todo allí se pone en juego nuestra libertad de creyentes.

## Paganos

En las ciudades de la antigua Grecia, existió siempre la voluntad de mantener separadas la religión de la política. Las acrópolis, nacidas como fortalezas defensivas, fueron convirtiéndose en lugares sagrados, donde se levantaban los templos de las distintas divinidades. Estos eran recintos apartados, generalmente escarpados, donde ocurría la actividad religiosa. Lejos de ella, en el ágora, se desarrollaba la vida política y otro espacio, el teatro, era el lugar de la representación trágica.

Los templos de la acrópolis eran lugares cerrados y la actividad religiosa se desarrollaba a la intemperie, en el clima seco y soleado del Mediterráneo. La celda del templo, detrás de las poderosas columnatas, donde residía la estatua de la diosa, era un lugar reservado a los sacerdotes y del que se excluía al pueblo. Esta particularidad dio origen a la famosa frase provocadora de Bruno Zevi, que afirmaba que los templos griegos eran un “típico ejemplar de

---

3 1 Cor 3, 16.

no-arquitectura”<sup>4</sup>. Para el crítico italiano, la arquitectura era el arte del espacio interior y la ausencia de interioridad dejaba a los templos griegos en el lugar de la escultura.

Hegel en su *Estética*, tiene a su vez una versión acertada de este fenómeno de exterioridad del templo griego, expresada bellamente en una de sus típicas frases extensas: “Y así la impresión de estos templos resulta también ciertamente simple y grandiosa, pero al mismo tiempo serena, abierta y placentera, pues todo el edificio está más preparado para un estar alrededor, un andar de acá para allá, un ir y venir, que para el concentrado recogimiento interno de una asamblea encerrada por todas partes, separada de lo externo”<sup>5</sup>. El párrafo resume con un toque dramático, la diferencia entre el airoso culto pagano y el cristiano, visto como una experiencia claustrofóbica. Pero más allá de la percepción personal del filósofo, da cuenta de dos maneras distintas de relacionar el espacio del templo con su entorno inmediato.

Los griegos tenían una relación algo lejana con su religión. Celebraban sus fiestas, sus adivinaciones y sus misterios, pero en una esfera que se mantenía, como sus templos magníficos, apartada de las decisiones políticas que afectaban a los destinos de la polis. De todos modos, y a pesar de esta aparente indiferencia, la impiedad era castigada. Basta pensar en la condena de Sócrates, obligado a beber la cicuta por no respetar a los dioses.

Los templos vivían su vida brillante, recortados contra el cielo, con sus columnas de colores y sus estatuas vivamente pintadas. Conservaban tesoros y en sus frisos explicaban la historia de dioses y de héroes. Allí no se predicaba ninguna doctrina y los sacerdotes se limitaban a recitar fórmulas y a hacer sus libaciones. Frente a ellos se desarrollaba el sacrificio, se repartía la carne de las víctimas y coros de jóvenes doncellas alegraban las ceremonias.

Si bien existe un paralelismo cerrado entre los dioses de Grecia y de Roma, la religión de ambas culturas tiene diferencias notables. Diferencias que se expresan de modo contundente en la distribución del espacio urbano. Son las mismas divinidades, pero al mismo tiempo son otras. Lo religioso mantiene una identidad formal, pero existe una diversidad funcional. Si la religión es, fundamentalmente, una relación, es esta la que cambia diametralmente.

---

4 Bruno Zevi, *Saber ver la arquitectura*, capítulo IV.

5 Hegel, *Lecciones sobre la estética*, capítulo II: “La arquitectura clásica”.

Los templos en Roma deben olvidarse de las soleadas acrópolis y descender al fango del foro. Ya no tienen sus cuatro caras idénticas, sino que adoptan una fachada, es decir, se colocan en la trama urbana con una determinada intencionalidad. La religión en Roma debe compartir su espacio con los discursos políticos y la administración de justicia, y codearse con mercaderes vociferantes. Aquí, entre las siete colinas, la religión es una cuestión de Estado, y los sacerdotes son funcionarios que compran sus cargos y obtienen sus prebendas a cambio de favores políticos.

Esta forma de religión, que puede parecer algo cínica, se contrapone con una piedad doméstica muy desarrollada. El romano, a diferencia del griego, era un hombre religioso en lo íntimo y ponía un cuidado especial en el culto privado. La importancia que se le daba a la familia, y a la veneración de los ancestros, era el motor de una religiosidad intensa, que de algún modo era la otra cara del culto público, ahogado por un Estado omnipresente. La costumbre de algunos emperadores de declararse dioses es una muestra bastante acabada de esta confusión entre el Estado y la religión. A un griego jamás se le hubiera ocurrido convertirse en dios.

Es conocida la creciente apertura de las religiones politeístas de la Antigüedad. La capacidad de incorporar nuevos dioses y nuevos cultos fue creciendo en Roma al ritmo de las conquistas. Del Oriente llegaban nuevos cultos que se agregaban a los panteones locales con total naturalidad. Podríamos decir que estamos en un escenario de absoluta libertad religiosa; sin embargo, la intolerancia mostró su cara más fiera en la persecución sistemática de las religiones monoteístas. Una versión antigua de lo que Benedicto XVI llamó, con su singular clarividencia, la “dictadura del relativismo”<sup>6</sup>. Esta resultó, antes como ahora, tan implacable como el más feroz fanatismo.

En el año 202 el emperador Septimio Severo prohibió tanto el proselitismo judío como el cristiano. Los romanos nunca distinguieron bien entre ambas religiones. En la persecución que siguió al edicto fueron encarceladas y posteriormente entregadas a las fieras Perpetua y su esclava Felicidad, las mártires que recuerda el canon romano. A la joven Perpetua, hija de una importante familia de Cartago, le fue consentida la posibilidad de abjurar de su fe, a lo que respondió simplemente “soy cristiana”, afirmación que le valió la muerte en la arena. La amplia libertad religiosa de los paganos fue implacable

---

<sup>6</sup> Benedicto XVI, Homilía en la Misa “pro eligendo pontifice”, 18 de abril de 2005.

para quienes no compartían su misma apertura. Judíos y cristianos resultaban, por su fe monoteísta, una amenaza

## Judíos

Si en alguna cultura la cuestión del espacio religioso fue realmente ardua, esa fue la judía. El temor a la idolatría, el peor de los pecados para el pueblo elegido, conllevaba un necesario temor a fijar el culto en un espacio concreto. Los años del desierto dieron una solución provisoria al problema, acorde con la provisional situación de la vida nómada. La tienda que custodiaba el arca, con la nube que señalaba la presencia divina, eran lo suficientemente endebles como para alejar el peligro idólatrico.

El conflicto surge muchos siglos después, con un pueblo judío más firmemente asentado en su tierra. Yavé impedirá a David, en el ápice de su poder, construir el templo, gracia que finalmente concederá a su hijo Salomón. El primer templo de Jerusalén, que sorprende por su pequeñez, consagra no sólo una construcción, sino toda la ciudad que lo rodea. Su exclusividad, como único lugar del culto, es una particularidad muy propia de la religión judía. Un conflicto que sigue vivo aún en tiempos de Jesús, como recuerda la conversación con la samaritana, en el pozo de Sicar<sup>7</sup>.

Del primer templo construido tenemos noticias por la Biblia<sup>8</sup>, aunque su detallada descripción es un par de siglos posterior a su efectiva construcción. De todos modos, se puede inferir por algunos vestigios que su ubicación era contigua al Palacio Real de Salomón. Esta proximidad hace pensar a algunos estudiosos que en su origen fue más bien una capilla privada, luego separada del edificio para constituirse como un edificio autónomo. Conjeturas que nos hacen pensar en una connivencia bastante estrecha entre monarquía y religión. Cercanía por otra parte muy común en la Antigüedad y que no tiene por qué ser valorada negativamente.

Destruído por Nabucodonosor el primer templo, se comenzó con la reconstrucción al regreso de Babilonia. El llamado segundo templo sufrió muchas vicisitudes hasta que Herodes el Grande decidió su reconstrucción alrededor del 20 aC. Su primera obra constó en duplicar la superficie de su asentamiento, para ganar espacio y poder darle la grandiosidad con la que

---

7 Jn 4,5-29.

8 1 Re 6,2: "La casa que el rey Salomón construyó para el Señor tenía 30 metros de largo, veinte de ancho y quince de alto".

esperaba pasar a la inmortalidad, como señala Flavio Josefo<sup>9</sup>. Ciertamente en la reconstrucción del segundo templo hay un claro trasfondo político y una voluntad de hacerse popular entre los judíos. Herodes era idumeo, por lo tanto, despreciado como extranjero y amigo de los romanos, que lo mantenían en el poder con sus legiones.

Este templo, que conoció Jesús, estaba ubicado en el mismo lugar del original; era majestuoso y relativamente nuevo. En él se cumplían todas las funciones propias de un edificio religioso, el sacrificio y la enseñanza, además de ser lugar de reunión. Estaba compuesto de numerosos patios, que actuaban como filtros, donde se distribuían los visitantes, que eran divididos en categorías diversas de acuerdo con su pureza, sacerdotes, judíos, gentiles, mujeres. Su fama fue notable, pero su duración breve, menor a un siglo, ya que las legiones de Tito lo destruyeron en el año 70.

Su destrucción dará inicio a la diáspora y a un judaísmo que olvidará el sacrificio para adoptar el modelo de la sinagoga. Posiblemente su origen se remonte al exilio en Babilonia, y su función se limita a la oración, el estudio de la ley y la reunión de la asamblea. Ya en tiempos de Jesús existían en Israel cientos de estos edificios, como lo recuerdan muchos pasajes del Evangelio. Con la diáspora de los judíos fuera de Israel, la sinagoga cumplió las funciones de edificio religioso principal de un culto, desprovisto de sacrificio.

Su vinculación con la ciudad fue de alguna manera inmediata con su entorno directo, en los barrios donde los judíos expulsados de su tierra se asentaban. Posteriormente, esta dependencia fue en aumento con el confinamiento obligado de los judíos en determinadas zonas de la ciudad. Los guetos, que constituyen sin lugar a dudas una de las páginas más oscuras del Occidente cristiano, son un caso atípico en la compleja historia de la libertad religiosa. Una libertad que restringe dramáticamente el espacio donde el culto puede ser practicado, pero que no llega a la prohibición. Más grave aún son los casos de la expulsión, como la ocurrida en España y luego en Portugal, y en tantas otras geografías a lo largo del tiempo. Todos elementos que constituyen antecedentes nefastos que concluyen en el paroxismo del horror que constituye la Shoá. Allí una persecución que busca la extinción total del individuo va más allá de la cuestión religiosa, para llegar a una identidad más concreta, la de la sangre.

---

<sup>9</sup> Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, libro XV, 380.

## Cristianos

La Iglesia surgió a la superficie de una forma súbita, cuando Constantino habilitó con un edicto la libertad para el culto católico. Sin poder, por razones de imagen, utilizar la tipología del templo pagano, los primeros cristianos optaron por adaptar un edificio público que serviría perfectamente, con algunos cambios, al desarrollo del culto cristiano: la basílica. Hasta ese momento es imposible hablar de relaciones espaciales entre los edificios religiosos y la ciudad, ya que la clandestinidad impide establecerlas.

Las primeras basílicas se ubicaron tímidamente en zonas periféricas de la ciudad, quizás por desconfianza, también porque durante muchos siglos la Iglesia convivió con el culto pagano, que ocupaba, por derecho propio, la centralidad del espacio urbano. Basta repasar el mapa de Roma para darnos cuenta de este fenómeno: las cuatro basílicas mayores se encuentran en los bordes de la ciudad antigua y con sus fachadas, salvo el caso de San Pedro, apuntando hacia la periferia. Una realidad que apoya las profundas reflexiones de Francisco sobre la importancia de las periferias<sup>10</sup>, geográficas y sobre todo existenciales, donde la Iglesia actual tiene una posibilidad de renacer con fuerza renovada.

Luego de los siglos, llamados con alguna ligereza oscuros, la Iglesia, con la caída del esqueleto de poder romano, toma forzosamente una centralidad dentro del tejido urbano. Es el tiempo de las grandes catedrales, que alcanzan sus pináculos al cielo, para dar gloria a Dios y también a la ciudad que las alberga. Sin embargo, el conflicto de las dos espadas, el choque inevitable entre poder temporal y espiritual, se va a poner en evidencia en las ciudades. La existencia de una *piazza del duomo* y una *piazza del comune*, en muchas ciudades italianas donde el conflicto entre papado (güelfos) e imperio (gibelinos) se hizo más arduo, da cuenta de esta realidad. Una historia que nos llega en toda su crudeza a través de los luminosos versos de Dante.

La distancia entre catedrales y palacios pueden medirse en cada ciudad, para tener una idea bastante precisa del conflicto. Las monarquías más fuertes consiguen atraer en su área de influencia a las catedrales, del mismo modo que tratan de dominar a la Iglesia. En otras geografías, un gobierno más débil prefiere mantenerse a distancia de la sombra de las iglesias que cercenan su poder. La libertad religiosa es también una cuestión política y un juego de

---

<sup>10</sup> Francisco, *Evangelii Gaudium*, 20.

poderosos. Incluso la Reforma puede leerse en esta clave, como una cooptación de la religión por parte del Estado. Un conflicto que no se deja leer en las ciudades, ya que en general el protestantismo utilizó las mismas catedrales vaciándolas de imágenes para el nuevo culto.

Curiosamente en este proceso se puede ver como la misma estructura sirve para albergar funciones distintas. Una verificación que haría las delicias de quienes, como Aldo Rossi, bregaban por el fin del funcionalismo, argumentando que la forma tantas veces se impone sobre la utilidad<sup>11</sup>. El culto católico es el único que conserva aún la doble función del templo: enseñanza y sacrificio. Los protestantes, se me perdone la brutal generalización, liberados del sacrificio, conforman un espacio vacío, dedicado solamente a la palabra. Una mecánica donde parece reeditarse el pasaje ocurrido entre los judíos, del templo a la sinagoga.

Una última reflexión es posible observando el caso de nuestras ciudades americanas, surgidas de las leyes de Indias. Aquí no se trata de una espontánea distribución de fuerzas, sino de una voluntad precisa del legislador. La exigencia de mantener próximos la iglesia y el cabildo es una muestra diáfana de las intenciones de los colonizadores, que en estas nuevas latitudes no podían arriesgarse a dividir el poder. La colonización mantuvo unidas la espada y la cruz en su afán evangelizador y conquistador, y así lo expresan todas las plazas de América, desde las grandes capitales hasta los pueblos perdidos. Una convivencia que en el Nuevo Mundo ha resultado tan evidente como efectiva, independientemente de las críticas que el modelo colonizador español suscita en estos días.

Las ciudades de la América hispana y portuguesa son un capítulo importante y tienen mucho que decir a la hora de pensar la libertad religiosa. “La plaza ya fue plaza y consolidó esta condición cuando se levantaron en sus bordes los edificios para sede de los poderes públicos, el templo, quizás la cárcel”<sup>12</sup>. Estas plazas, extendidas por toda América, son un modelo de convivencia, válido tanto desde lo urbano como en lo religioso. Incluso los procesos de independencia, en los que parte importante del clero tuvo una participación activa en los movimientos revolucionarios, es una muestra

---

<sup>11</sup> Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad*, capítulo 1, 7.

<sup>12</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, capítulo 3: “Las ciudades hidalgas de Indias”.

acabada de esa proximidad entre autoridades civiles y eclesiásticas, donde sus intereses parecen confundirse.

La Iglesia en nuestras tierras americanas también velaba a su manera y con las limitaciones de su tiempo por los intereses de los más desprotegidos y desde cerca controlaba los abusos de la corona. Como ejemplo basta nombrar, entre muchos otros, la obra del obispo Vasco de Quiroga en Michoacán, o bien las misiones jesuíticas en el Paraguay, cuyo modelo de promoción humana, que se enfrentaba a los intereses de la corona, determinó en definitiva su expulsión. San Pablo, la megalópolis brasileña, es paradigmática a la hora de ilustrar esta pugna de intereses, religiosos, políticos y económicos, y como estos se trasladan gráficamente a la trama urbana.

## Musulmanes

La violenta irrupción de los musulmanes en la historia de las religiones es sin duda un fenómeno que no deja de sorprender. La velocidad con la que la predicación del Profeta consigue expandirse a la par de las conquistas de las armas es un fenómeno único. Quizás una de las razones que lo expliquen es la estrechísima relación existente entre religión y política, al punto de ser algo inescindible. Basta pensar, para dimensionar el fenómeno, que entre la muerte de Mahoma y la batalla de Poitiers, en el 732, que frenó el avance allende los pirineos, transcurre exactamente un siglo. En ese estrecho lapso, lo que era en origen una pequeña tribu logró poner bajo su dominio una extensa lonja de tierra que va desde España hasta la India. Y la historia de esta expansión fulminante no hacía más que comenzar.

El templo emblema de la fe musulmana es la mezquita, que ya desde su origen tuvo características singulares. Generalmente compuesto de un amplio patio anterior y de una amplia sala cubierta, el templo musulmán es antes que nada lugar de oración y, en segunda instancia, de difusión de la palabra y de la cultura. Por último, un elemento característico por antonomasia, el minarete, cumplía la función de extender hacia afuera un espacio volcado hacia el interior, como es norma de toda la arquitectura musulmana. “Hacia el siglo X, se había creado la forma fundamental de los principales edificios públicos, a los cuales el individuo se acercaba atravesando una fuente destinada a las abluciones”<sup>13</sup>. Ese espacio interrumpido, que tiene horror a la continuidad, pasará luego a la arquitectura de las catedrales románicas del sur de España,

---

13 Albert Hourani, *La historia de los árabes*, capítulo XII: “La cultura de las cortes y el pueblo”.

con su coro interpuesto en el andar de la nave. El origen de la mezquita, se dijo, es espurio, ya que en un primer momento es difícil distinguir entre el templo y el cuartel. Pero esta indefinición proviene de la estrechísima relación entre lo religioso y lo militar, que es propia del credo musulmán. Una identidad que por lo general no se encuentra en ninguna otra religión, en las que existe una tensión entre lo político y lo religioso. Aquí esta diferenciación desaparece y con ella se anula la distancia. Desde esas mezquitas, que posteriormente adquirieron el carácter de edificios dedicados a la enseñanza y el estudio, surgió una identidad cultural que por su profundidad y finura asombró a Europa, que en muchos aspectos se encontró atrasada frente a su diáfano esplendor.

La primera mezquita es casi un campamento surgido en Medina, la ciudad donde el Profeta es exiliado de su Meca natal. Allí de todos modos quedan fijados los elementos básicos que definirán la tipología. Con la conquista de La Meca, ubicada a una corta distancia, y la conversión de las tribus nómades que habitaban la ciudad, Mahoma y sus seguidores se apropian del santuario local, donde era adorada la Kaaba, por los hasta entonces paganos. Esta tarea de apropiación del espacio, para reconvertirlo a los propios usos, es una característica del Islam.

La consagración del santuario de La Meca como primer lugar sagrado de la religión construye una identidad espacial que resulta también singularísima. El hecho de ser una referencia a escala planetaria, que orienta en su dirección a los restantes templos y, más todavía, a los propios creyentes, es una imagen de una fuerza inusitada. No existe en la historia un edificio, más precisamente un objeto, como la Kaaba, que tenga un poder semejante sobre el resto de los otros entes que componen el mundo. Poder que se acentúa con la vinculación personal con el objeto, inscrita en la obligación de peregrinar hacia él al menos una vez en la vida.

Las ciudades santas de La Meca y Medina además conservan su pureza simbólica, al estar prohibido el acceso de cualquiera que no sea musulmán. Esta condición les otorga a las ciudades y sus templos una condición especial, y las coloca dentro de un caso sin precedentes en lo que se refiere a la problemática de la libertad religiosa. Si hemos recordado persecuciones y expulsiones masivas en una extraviada búsqueda de pureza, aquí se procede por una especie de sistema que podríamos llamar ultradefensivo. La clausura

de un espacio sagrado es un derecho, es justo admitirlo, y tiene precedentes en todas las religiones, pero nunca a escala urbana.

Las restantes innumerables mezquitas que pueblan hoy en día los cinco continentes, con un marcado crecimiento en todas las latitudes, replican el esquema y en muchos casos el sistema de apropiación. Basta citar como ejemplo quizás el más célebre de todos, el de la catedral de Santa Sofía, convertida en templo islámico a mediados del siglo XV. Cubiertos los mosaicos, que pasarían a contar las leyes del Corán, y agregados los minaretes, el espacio queda listo para albergar la nueva fe de los conquistadores. Incluso las formas propias del arte bizantino fueron adoptadas como modelo de las nuevas mezquitas que surgieron a raudales en el intrincado mapa de Estambul, nueva capital del Islam. También sucedió en dirección contraria una operación parecida en la España liberada de los moros, en una época no muy distante de la transformación de Santa Sofía. La mezquita de la reconquistada Córdoba sufrió una operación conceptualmente similar, aunque mucho más compleja de la sufrida por la catedral de Estambul. Allí se trataba de insertar en una estructura endeble e indiferenciada la lógica de otra arquitectura que responde a parámetros totalmente distintos. Con la complejidad adicional que para realizar esta compleja operación “nadie se lo planteó en términos de una ampliación, de una nueva estructura. La discusión se centró más bien en cómo construir en el interior de la vieja mezquita: inclusión en vez de extensión”<sup>14</sup>.

La libertad religiosa no opera sólo sobre las almas; también lo hace y en paralelo sobre los vestigios físicos de las religiones, como son sus templos, expresión corpórea de la fe de cada una de ellas. Se podría hablar de una acción sobre los cuerpos que, como diría Spinoza, pone en juego lo que un cuerpo es capaz de soportar: “Pues nadie hasta ahora ha conocido la fábrica del cuerpo de un modo lo suficientemente preciso como para poder explicar todas sus funciones”<sup>15</sup>. Afirmación que vale naturalmente para la arquitectura.

## Budistas

En esta categoría, por demás extensa, me permito incluir el vastísimo e inabarcable paisaje del Oriente. No es mi intención, por la extensión que requeriría, ingresar en este mundo, y también es un impedimento, no menor, mi total incapacidad para adentrarme en él. Solamente me permitiré algunas

---

14 Rafael Moneo, *La vida de los edificios*.

15 Baruch Spinoza, *Ética*, libro III, proposición II, escolio.

reflexiones muy superficiales que pueden de alguna manera reunir una característica común de los templos que pueblan el Oriente, sobre todo aquellos que responden a la religión de Buda. Culto que por otra parte adquiere características muy diferentes en las distintas regiones donde se practica.

Es sabido que el culto de Buda se derrama hacia Oriente, partiendo de la India. La historia de esa inculturación es compleja y reviste particularidades de una extensión similar a la de los infinitos caracteres chinos. La construcción de los templos propios de este culto es un recorrido que acompaña dicho camino, y que va desde las cuevas de eremitas con las imágenes de Buda excavadas en la roca hasta las sutiles pagodas de madera que se alzan como filigranas en los extremos insulares del Japón. De todos modos, en esa diversidad es posible leer una particular forma de relacionarse con la naturaleza, una manera que podríamos llamar, por ausencia de mediaciones, directísima.

Hay también algo de esa primordial liviandad, que uno asocia súbitamente con lo oriental. Como refiere con su privilegiada pluma Pietro Citati: “Cuando los misioneros jesuitas llegaron a China, tuvieron la sensación de poner los pies en un país más ligero que el nuestro”<sup>16</sup>. Esos misioneros, con Matteo Ricci a la cabeza, llamaron a aquella nueva tierra *Vinegia continua* por la preeminencia del agua como elemento. Más adelante agrega el autor citado: “la madera parecía luminosa e inmaterial, y el país del agua, como la otra Venecia, se convertía en el país de los reflejos y de los ecos. Cuanto más se adentraban en el cuerpo líquido de China, los jesuitas quedaban más y más fascinados con aquella encantada levedad de las cosas”.

Esta característica, haciendo una arriesgada síntesis, expresa ese mencionado contacto directo con el entorno natural. El templo budista, donde también y más que nunca está ausente el sacrificio, es un lugar fundamentalmente de oración y de súplica, al que el creyente concurre a pedir a los dioses el auxilio y la buena fortuna. También por supuesto muchos de ellos son el refugio apartado de la vida monacal que se centra en el desprendimiento absoluto y en ese sentido son centros difusores de una espiritualidad que, por sus características algo frivolidadas, es cierto, goza hoy de fortuna en Occidente.

---

<sup>16</sup> Pietro Citati, *La luz de la noche*, Tercera parte: “La ciudad del Emperador”.

Existen entonces esos templos que se levantan en medio de una geografía deslumbrante, con sus estatuas ciclópeas, que parecen surgidas de la misma roca. Sin embargo, cuando el templo se encuentra en un entorno urbano, niega la vinculación con la ciudad, recreando una naturaleza que copia, en miniatura, aquella otra grandiosa

El templo budista padece de una suerte de endogamia y, si la naturaleza está ausente, crea una a su manera. Una naturaleza “bonsai” domesticada y fuertemente intervenida para que adquiriera en definitiva un aspecto natural en dimensiones reducidas hasta una proverbial pequeñez.

Esta disposición del templo parece reflejar una actitud de independencia de lo religioso con respecto a lo político. Sin embargo, “a diferencia de la Europa de la Edad Media, los gobiernos de China desde muy temprano afirmaron su autoridad para regular la religión y vindicar exitosamente el principio de la superioridad del estado sobre la Iglesia”<sup>17</sup>. Este control se dedicaba por sobre todas las cosas a evitar desbordes o rebeliones de carácter religioso y, por lo demás, el Estado se mostraba tolerante con otras creencias. Una actitud que, en su cínico pragmatismo, recuerda a los gobiernos chinos de la actualidad y su relación con el capitalismo.

Es esta distancia aparente la que a la modernidad occidental, preocupada por que la religiosidad sea siempre más un asunto personalísimo, le resulta amable. Sin embargo, algunos datos de la historia parecen contradecir esta fama de liberalidad y tolerancia. Los misioneros cristianos posiblemente en ninguna parte del globo fueron tratados con tanta dureza como en el “pacífico” Oriente. La trágica historia de las misiones jesuíticas en Japón, donde a inicios del siglo XVII fueron masacrados alrededor de 5.500 cristianos, es por demás evidente. Así lo recordaba también, el lema de Francisco en su visita a Corea en 2014: “La gloria de los mártires brilla sobre ti”<sup>18</sup>. Con dicho lema el Papa recordaba a los más de 8.000 cristianos ejecutados en la península durante la primera mitad del siglo XIX.

---

17 Charles Holcombe, *Una historia de Asia oriental*, capítulo III: “La edad del cosmopolitismo”.

18 El Papa recordaba en aquella alocución, realizada en agosto de 2014, a “Pablo Yun Ji-chung y a 123 compañeros, todos mártires de la fe, que proclamaré beatos el próximo 16 de agosto en Seúl”.

## Naturaleza

Quedarían por hacer algunas consideraciones finales sobre las relaciones entre el templo y la ciudad contemporánea. Una reflexión que no puede ser más que una nota de aproximación al problema de la libertad religiosa. En primer lugar, lo que parece constatarse, al menos en Occidente, es la pérdida de influencia del templo como estructura en una sociedad siempre más desacralizada. Otros edificios parecen haber tomado la delantera y reclaman la centralidad que alguna vez tuvo lo religioso: el museo quizás hoy sea la tipología que parece ocupar esta preeminencia. El arte, como señala Walter Benjamin, siempre conserva algo del aura que lo acerca a lo religioso que fue su origen: “aun en las formas más profanas el culto a la belleza es reconocible como un ritual secularizado”<sup>19</sup>.

La modernidad parece haber decretado “el ocaso de los dioses”, pero, como ocurre en la conclusión de la tetralogía wagneriana, no da demasiadas pistas hacia el futuro. Lo que de momento parece tomar la delantera es una preponderancia de una cierta deificación de la naturaleza, que en algunos casos adquiere tintes religiosos. Ciertamente es necesario y urgente que la relación con la naturaleza sea abordada de una forma profunda y seria, para lo cual los cristianos contamos con una guía segura en la encíclica *Laudato Si'*. Allí Francisco define el carácter de esta relación de la siguiente manera: “No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por él sin conocer límites”<sup>20</sup>.

A la luz de estas consideraciones, a veces con cierta desconfianza se observa cómo incluso los católicos nos vemos empeñados en una suerte de huida hacia la naturaleza. En el ámbito de las relaciones entre el templo y la ciudad, muchas veces se prefiere un entorno natural al de nuestras iglesias a la hora de celebrar el culto. Esta es una tendencia que, de generalizarse, puede convertirse en un llamado de atención.

No es que se condene esta práctica, pero es recomendable que mantenga su carácter de excepción. El culto católico tiene desde su temprano inicio en las catacumbas hasta las más gloriosas catedrales un tesoro del cual sería una

---

19 Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, capítulo IV.

20 Francisco, *Laudato Si'*, 75.

gran pérdida desprenderse. Allí, en nuestros templos, pequeños o grandes, no importa, se hacen explícitos los símbolos que acompañan e ilustran los misterios que celebramos. Quizás estos símbolos cuestionan nuestra fe, como es justo que sea, y generan la bendita inquietud agustiniana, que ciertamente no es posible acallar huyendo a la sombra de los árboles.

Jesús, es cierto, realizó gran parte de predica en entornos naturales, pero también es verdad que en el momento de su hora manifiesta que “siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos”<sup>21</sup>. De la sinagoga de Nazaret, tempranamente en su predicación, fue sacado Jesús por sus vecinos para ser despeñado en el risco<sup>22</sup>. Y del templo de Jerusalén expulsó a golpe de látigo a los mercaderes que lo profanaban con su comercio<sup>23</sup>. Los espacios sagrados imponen sus rigores en todos los credos. El ambiente del templo es el lugar donde la fe se enseña y se celebra, en un marco explícito, donde no queda demasiado espacio para las fantasías de un sincretismo difuso.

La naturaleza, elevada a religión, por supuesto que no está exenta de fanatismo, ni de persecuciones, aunque hoy en día haya otros métodos que los leones. A diferencia de otras religiones, carece de moral y tampoco tiene necesidad de templos, ya que ella misma lo es. En ese sentido se podría tratar de una ausencia de conflicto, que se parece bastante al nihilismo. La naturaleza, cuando se pretende que tome el lugar de Dios, tiene el peligro de una deshumanización. No es casual que las religiones naturales primitivas acudieron como práctica corriente al sacrificio humano. El templo, como lugar de culto y de cultura, puede ser leído también en este sentido como lugar de protección de lo humano y de la libertad inalienable del hombre de relacionarse personalmente con Dios en el ámbito de una comunidad de creyentes.

Como pregunta con indisimulada angustia Hans Küng: “¿Serán pronto nuestros museos nada más que los antiguos templos del arte recién fenecido, de la misma manera que, según Nietzsche, nuestras iglesias son las tumbas del Dios muerto hace mucho? Se las visita, se las examina, se las admira, pero ya no se reza. Solamente ha quedado, oculta, la añoranza de algo que fue y hoy

---

21 Jn 18,20.

22 Lc 4,28-30

23 Jn 2,13.

no puede volver a ser”<sup>24</sup>. Para que esta profecía no se cumpla, es necesario reconsiderar la relación entre templo y ciudad, como elemento privilegiado para ponderar el grado de libertad religiosa. Pero esta ponderación no debería referirse sólo a las relaciones entre la fe y las instituciones civiles, sino además y sobre todo, para evaluar la profundidad de nuestra fe y la de nuestra comunidad eclesial.

---

<sup>24</sup> Hans Küng; *Música y religión*, Final: “Arte y sentido”.